

Teresita Ana Milán*

El sentido común del buen humor

En un contexto sociocultural sediento de diálogo y de comunicación, el buen humor despierta una automática empatía, una emoción capaz de diluir la rígida seriedad y el efecto anestesiante del anonimato, la indiferencia y el extremo individualismo.

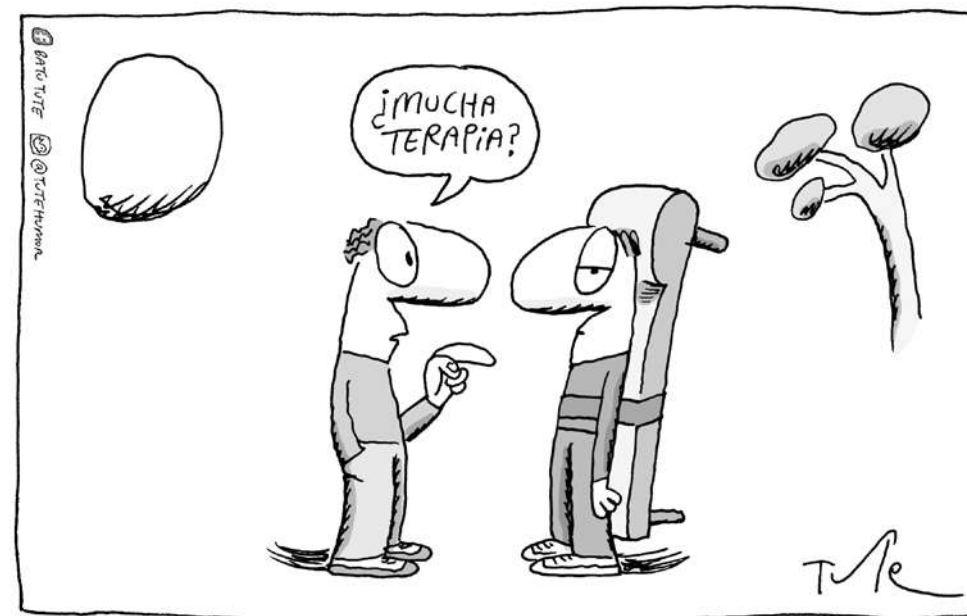
Las palabras que vehiculizan el humor pueden llegar a disolver el espasmo del poder tecnológico de las pantallas, aspecto que he observado en pacientes adolescentes que al inicio del tratamiento mantenían una conversación de estilo telegráfico, pero más tarde agregaban contenidos que nos hacían reír mutuamente.

En Argentina, ciertos humoristas (Palacios, Fontanarrosa, Quino, Rep) han marcado la vida cotidiana, y sus personajes se han incorporado como parientes en las familias. Sus historias con frecuencia se escuchan en los consultorios para facilitar la transmisión y la comprensión de lo que pugna por salir. El tango y la tradición poética combinan una rica mezcla diversificada por el humor característico de las distintas regiones del país y nos aportan a los analistas un “as bajo la manga” para mejorar una posición en el juego analítico.

En una sesión la irrupción del chiste indica que algo está ocurriendo en el binomio analista-analizado; se trata de una situación dinámi-

ca que avisa que el análisis no es estático. Para cada uno se abre una oportunidad de saber más acerca de quién es quién cuando se encuentran en una sesión. La respuesta del analista puede aclararle al paciente que entiende el modo en el que él se está manifestando, y a su vez se le da una oportunidad de reconocerse. Sin dudas, el recurso del humor integra la caja de herramientas en nuestro oficio de psicoanalistas.

Un paciente trae una tira cómica del personaje Gaspar, el revolucionario de los años setenta del dibujante y humorista gráfico Rep. En el dibujo, Gaspar dice, recostado sobre el diván “Yo sé que a usted como psicóloga no le va a caer muy bien lo que le voy a decir, doctora... Dejo terapia, doctora”. A lo que la analista pregunta: “Pero... ¿por qué?”. Y el paciente continúa: “Lo lamento. Creo que en estos tiempos la solución ya no la da el psicoanálisis. Ya probé años con lo racional, ahora llegó la hora de otras ciencias, menos racionales, quizás”. Y la analista pregunta: “¿Está seguro, Gaspar?”. Y él dice: “Segurísimo. ¿Qué le parece el I Ching y Tarot?”. A lo que la analista responde: “Son mis dos especialidades fuertes. ¿Qué le parece los viernes a esta hora?”. “Okey, doctora. ¿O debo decirle?”. “Astrid”, responde la analista (Rep, 29 de junio de 1993, p. 32).



En una entrevista realizada a Rep, el periodista Esteban Peicovich (30 de septiembre de 2001) le plantea por qué fracasa Freud con Gaspar, dado que él vive yendo al diván sin alcanzar a modificar nada, a lo que el humorista responde: Porque está en la cadena productiva, se siente un perdedor, no puede hacer nada y está lleno de miedos. Miedo al miedo [...]. La vida se le pasa y él no llega a tomar ninguna decisión, ni siquiera dejar la terapia” (párr. 23).

Meses después, el paciente deja de asistir a las sesiones y me regala un libro, *Quinoterapia*, escrito por el humorista mendocino Quino (1985/1989), con seis páginas alusivas al psicoanálisis. En ambos materiales gráficos se lee entre líneas que no encontró en el análisis lo que buscaba.

Otro paciente ingresa al consultorio, me dice un halago en tono gracioso y se sienta en el diván; sonriendo, queda frente a frente conmigo. Ha montado una escena para disipar la tensión del encuentro cara a cara, justo antes

de tenderse en el diván. Le incomodaba quedar frente a su propia vida y al conflicto que lo aquejaba. Usó la parodia para disminuir un sentimiento desagradable que lo encontraba desvalido para enfrentarlo, para no comenzar hablando de aquello que lo preocupaba. Apelo a la ironía para divertirme y distraerme, en una actitud seductora para aflojar el encuadre. Aquí el efecto de lo cómico es la descarga de la tensión en la búsqueda de igualar y borrar la relación de asimetría analítica. No intenté disimular que su actitud me generó simpatía y de ninguna manera me propuse censurarlo; traté de darle a entender que esa era su manera de entrar a la sesión para cambiar el clima del ambiente, lo que Freud (1905/1986) postula como protección frente a situaciones reales que provocarían penosos afectos.

Otra vez trajo un paquete de galletitas y me preguntó con picardía y utilizando por primera vez el tuteo: “¿Leche chocolatada no tenés?”, a lo que le respondí sonriendo que, de

* Grupo de Estudio Psicoanalítico San Luis en Argentina.

esta manera, me proponía cambiar la sesión por participar juntos de la merienda, lo que constituía otra forma de buscar atajos y dar rodeos para romper el encuadre y sacarme del lugar de analista. Freud (1905/1986) descubre en el humor una *operación elevada* (p. 221) independiente de propósitos conscientes, tanto en quien lo genera como en quien lo recibe.

Asocio el término *chocolatada* con la expresión “dar la lata”, es decir, ser charlatán, y en este caso para esquivar analizarse. Este juego de palabras me daba a entender que, incluso cuando quería acercarse a mí, se le hacía difícil. Así, intentaba distraerme al mismo tiempo que me involucraba. Técnicamente, me planteó el interrogante de cómo intervenir para correrme de una situación fáctica y atender a lo más interno, su vulnerabilidad, para que él pudiera tener una visión propia de lo que estaba ocurriendo y, al mismo tiempo, de lo que estaba eludiendo. Como bien decía Bion (1975/1992), “la preocupación del paciente consiste en cómo tener un análisis sin sufrimiento” (p. 45).

Al buscar ejemplos de situaciones clínicas en las que he utilizado el humor, se me aparecían, en primer lugar, situaciones con contenidos sexuales. ¿Será que la sexualidad aún sigue siendo algo espinoso de tratar “en serio”? Si media el humor, se puede decir lo que molesta y el analista puede interpretar el material que subyace.

P: Bueno, yo soy lenta, siempre lo fui, pero él ahora....
A: Él ahora ¿qué?
P: Y... A veces no arranca...
A: Será cuestión de pila...
P: ¡Ja, ja! ¡Una pila de años!
A: ¡Bardahaaal! [Lo digo acentuando el sonido tal como sonaba un jingle publicitario que promocionaba un aditivo optimizador y energizante para el motor de los automóviles].
P: [Se ríe con ganas]. ¡Habrà que recargar la pila con una de larga duración!. ¡Ja, ja!

A otra paciente, que expresaba su angustia por su escasa experiencia sexual y se quejaba de su situación en comparación con la de sus amigas, le dije: “No será Catalina La Grande,

¡pero tampoco es la Virgen María!”. Se rió, mientras se debatía en una ambigüedad de ansiar una vida erótica profusa, aunque la horrorizaba la sola idea porque era portadora de frustraciones y sufrimientos relacionados con situaciones infantiles traumáticas.

En otra oportunidad, a la misma paciente que reiteraba sobre el tema le narré un cuento que en el final decía: “Será normal para usted, que es médico en Madrid, pero no para mí, que soy obispo de Pamplona”.

En psicoanálisis el sentido común es el que no contradice que “al pan, pan, y al vino, vino”.

Referencias

Bion, W. R. (1992). Brasilia. En F. Bion (comp.), *Seminarios clínicos y cuatro textos* (pp. 41-45). Buenos Aires: Lugar. (Trabajo original publicado en 1975).

Freud, S. (1986). El chiste y su relación con el inconciente. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 8). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).

Peicovich, E. (30 de septiembre de 2001). REP: La utopía de un niño emperrado. *La Nación*. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/rep-la-utopia-de-un-nino-emperrado-nid212489/>

Quino (1989). *Quinoterapia*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor. (Trabajo original publicado en 1985).

Rep (29 de junio de 1993). Gaspar, el revolú [tira cómica]. *Página*/12, 32.

Sonia Eva Tucherman*

Setting bien humorado

La invitación a sumergirse en la turbulencia del vórtice remite inmediatamente a la perturbación, al desorden, a elementos presentes en el *humor*, que a la vez es rebelde y transgresor *per se*. En el pasado, la introducción de este elemento en la relación analítica ya ha sido considerada una transgresión del *setting* psicoanalítico. Pero, felizmente, desde hace algún tiempo ya estamos en otros tiempos. Abstinencia, neutralidad, *setting* vienen siendo rediseñados con líneas y colores contemporáneos. La inflexibilidad fue de a poco dándole lugar al espíritu cuestionador, reflexivo, liberador y fiel al destino original del psicoanálisis, y así llegamos a donde Freud quería llevarnos. Psicoanálisis y humor están atados con una soga fuerte, inquebrantable.

Relato aquí una viñeta clínica que podrá auxiliarme a presentar un punto de vista sobre la relevancia, en el proceso psicoanalítico, del sentido del humor por lo que este representa en la historia de vida primitiva del sujeto.

Lara es dueña de una boutique y no ha alcanzado el éxito esperado. Para ella los motivos del fracaso se deben a que la “mala suerte la persigue”. Su envidia de los que tienen “suerte en la vida” la atormenta; enumera nombres de personas que considera privilegiadas y contabiliza el lucro ajeno. Fantasías sobre mí y sentimientos que ha experimentado han quedado en evidencia y ya fueron foco

de conversaciones entre nosotras, pero en esas ocasiones se establece rápidamente un clima persecutorio que obliga a reorientar la conversación. Un día, Lara se extendía en la descripción de los logros del marido y se me ocurrió contarle esta historia:

Jacó e Isac vivían en una aldea y ambos eran dueños de zapaterías, una cerca de la otra. A Jacó le iba bien en su comercio, mientras que Isac se hundía en perjuicios. Isac, entonces, fue a buscar al rabino para que lo aconsejara y le contó:
–Vea como son las cosas, rabino. Me paro en la puerta prestándole atención a la tienda de Jacó y veo que a cada hora entran cinco clientes; de cada cinco, tres compran zapatos; de estos tres, dos pagan en cuotas, y cuando vuelven a pagar, la mitad compra otro par. Mientras tanto, en mi tienda no entra nadie.
El rabino le dijo entonces a Isac:
–Es muy fácil entender este problema. Hay dos personas cuidando la tienda de Jacó, él y usted. Y a su tienda no hay nadie que la cuide.

Lara esbozó una leve sonrisa –desarmada de defensas y con un matiz de tristeza, con los tonos del humor descrito por Freud en *El humor* (1927/1974)– y, después de un breve silencio, comentó que entendió el mensaje, abriendo una puerta que se mantenía defensivamente lacrada.

Esta viñeta muestra la presencia en la intervención analítica del sentido del humor, que facilita la conversación analítica en el encuentro de los involucrados, pues el humor parece amor-

* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.